

Sincericidio

EL PUNTO CIEGO
NIA ESTÉVEZ

Ahora que la desvergüenza se confunde con la sinceridad, que el alarde se ha convertido en un arma, que se saca pecho ante los errores, me pregunto: ¿decir la verdad está perdiendo valor?

Cuando tener que comparar versiones y sacar tus propias conclusiones se convierte, casi, en un ejercicio de desarrollo personal, es mucho más fácil y rápido creerse el discurso que conviene. Creo que elegir ese discurso nos define –y no hablo de partidos ni de bandos–, porque acoger las palabras de otros como nuestras habla de nosotros. Las palabras pueden acotar como nos mostramos. Agreden, acorralan y definen con una precisión extraordinaria quienes somos. A veces, incluso, atragantan. Por eso debería existir coherencia entre el discurso y nuestra forma de vivir.

Acudir al chino de tu barrio para cualquier cosa, porque otras opciones son más caras, y echarle la culpa de tu escasa economía, no es coherente. La congruencia se está convirtiendo en ridículo. Por esa falta de veracidad, quien prefiere matar animales dentro de un ruedo y lo celebra en lugar de salvar bosques, no puede ser buena persona. Tampoco quien justifica un genocidio en nombre de la religión, quienes mienten descaradamente en beneficio propio y enfrentan al pueblo usando el miedo. Los que se creen mejores por su color de piel, sexo o sexualidad. No lo son aquellos que defienden una versión de la historia que sigue siendo herida, que la enfatizan, pero que, en realidad, desconocen.

No se trata de hacer juicios, sino de ajustar la realidad que vivimos a lo que decimos. Es absurdo vivir de una manera y defender la opuesta. Es absurdo usar los derechos actuales para defender que te los quiten. La estupidez es la torpeza notable en entender lo evidente. Si crees que el Mohamed de tu barrio es el culpable de que no puedas tener vacaciones en agosto, piénsalo un momento.

La agresividad en el discurso no nos hace sinceros, solo agresivos. Esa falsa sensación de poder que aparece cuando creen haber dicho algo a la cara, sin miedo, se desvanece en cuanto se da la vuelta. Pero es algo que debería provocar vergüenza y no orgullo, aunque el orador ya no esté de acuerdo con la opción del silencio.

Siempre he pensado que al que dice barbaridades no hay que discutirle, porque es como conversar con un besugo. Pero ahora, frente a lo que estamos viviendo, quizá los que se mantienen en silencio por coherencia, orden mental o lo que sea, deban empezar a hablar un poco más alto. No para convencer al sincero, sino para bajarle el volumen.

Y yo, que siempre fui de guardarme mis opiniones y he acabado escribiéndolas para quien quiera leerlas, opino que el autoritarismo, el clericalismo y la falta de libertades son rancias, excluyentes y belicosas. Que me causa rechazo cualquier discurso de odio y que los problemas no se condenan en un solo personaje. Que en los extremos no están las soluciones y que vivir sin coherencia es otra forma de mentir.

Certezas, razones e intuiciones

RAMÓN JÁUREGUI

Exministro de la Presidencia

La desmesura de la oposición fortalece al Gobierno. Pero si no hay Presupuestos en 2026 ni los socios moderan sus exigencias, llegará lo que todos sabemos

Una certeza es que no habrá moción de censura porque no hay mayoría en la oposición para construirla. Otra es que tampoco habrá moción de confianza porque los socios no la desean y prefieren mantener al Ejecutivo sin una declaración tan expresa de apoyo. Certeza, por último, es que parecemos condenados a un enfrentamiento terminal hasta las próximas elecciones generales, sean estas cuando sean. La estrategia del PP no deja lugar a la esperanza de acuerdos transversales y la del Gobierno y sus socios camina en la misma y antagónica dirección.

Hay tres razones que explican la voluntad del PSOE de superar los últimos acontecimientos sin caer en la tragedia. Frente a demandas de dimisión del presidente, convocatoria electoral o congreso extraordinario, todas ellas cargadas de legitimidad democrática y de una cierta moralidad ejemplarizante, hay una razón pragmática, otra de orden interno y una tercera de carácter moral y colectiva.

Empezando por esta última, digamos que el conjunto de los actuales dirigentes del PSOE (los 400 reunidos en el comité federal) creen que las causas del escándalo están perimetradas a conductas individuales y que nada ni nadie probará lo contrario. Es algo así como un grito colectivo que reivindica a un partido y su acción política por encima de las causas judiciales abiertas a dos de sus dirigentes, por importantes y graves que sean estas.

La segunda responde a la realidad orgánica. El actual PSOE es un partido más vertical y jerarquizado que nunca, sin disidencias internas y sin segundos niveles alternativos. La dependencia ministerial de algunos de sus principales líderes territoriales es buena muestra de ello. El liderazgo orgánico de Sánchez es tan rígido como sólido. El partido depende de él y resulta difícil contemplar su futuro sobre otro liderazgo. De hecho, cuando se contempla esta hipótesis no hay nombres de alternancia.

La tercera razón es más pragmática todavía. Admitidas las exigencias de responsabilidad política del secretario general del PSOE por estos nombramientos, su respuesta se ha planteado en un doble plano: reconocerlas y pedir perdón por una parte y, por otra, proponer medidas internas (en su partido) y externas (en el Gobierno y en las leyes) contra estos hechos. El tiempo dirá si los ciudadanos las consideran suficientes.

Pero asumir esta responsabilidad dimitiendo y convocando elecciones equivaldría a una autoinculpación política que habría determinado toda su vida política y la del partido que lidera. Es difícil hacerse el harakiri de esta manera. Se



JOSÉ IBARROLA

ha dicho que en otros países esas dimisiones son moneda corriente en casos semejantes. Por ejemplo en Portugal, cuando António Costa renunció por mucho menos. ¡Cierto! El resultado es que el Partido Socialista de Portugal perdió el Gobierno, luego las elecciones y hoy es la tercera fuerza política, superada por la extrema derecha de ese país, cuando judicialmente la denuncia quedó en nada.

Entre las intuiciones, destaca una: esa nueva polarización surgida entre PP y Vox por disputarse un creciente electorado extremo puede acabar fortaleciendo el espacio de apoyo social al Gobierno. Es tal la exageración de la oposición y la desmesura de los insultos, que provocan un justificado temor a su acceso al poder. Todas las líneas rojas de esa dialéctica (desde encarcelar al presidente a expulsar a ocho millones de inmigrantes) se han sobrepasado grave y reiteradamente estos últimos días. Todo ello en un contexto internacional en el que la extrema derecha de Trump está destruyendo los valores más esenciales de la dignidad humana: la solidaridad, la coope-

ración, el derecho y la paz. Curiosamente, factores exógenos están justificando y fortaleciendo la coalición.

Se intuye, por último, que el Gobierno pasará el verano, si las responsabilidades penales del escándalo no superan el perímetro individual de los imputados. Pero su prueba del nueve serán los Presupuestos de 2026. Su proyecto político no podrá sostenerse hasta 2027 sin ellos.

El PSOE hará bien en reivindicar las medidas sociales que caracterizan su acción de gobierno, pero no debe olvidar que algunas y quizás nuevas exigencias de la heterogénea mayoría que lidera pueden destruir su gestión. En el fondo, su proyecto de una España conciliada con sus nacionalismos, construida sobre la base de una política plurinacional y progresista se examinará también en las próximas elecciones y solo se salvará si los socios moderan sus exigencias a la ortodoxia de las cuentas públicas, a los compromisos internacionales y europeos del país y a los límites de la España constitucional. Si se pasan, en un sentido o en otro, darán paso a lo que todos sabemos.